



REVISTA CIENTIFICO-LITERARIA.

AÑO I.

Se publicará los días 1.º y 15 de cada mes. Administración central, Abades 12.

Sevilla 1.º de Diciembre de 1862.

Precios: En Sevilla 6 rs. al mes.—En el resto de España 2 1/2 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos ts. por año adelantada.

NÚM. 4.

DIRECTOR,

DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

REDACTORES.

Sres. Almendros Aguilar (D. Antonio).
« Alvarez Anitua y de Letona (D. Rafael).
« Alvarez Osorio (D. Florencio).
« Arrambide (D. Juan Miguel de).
« Baglietto (D. Leoncio).
« Bálaguer (D. Victor).
« Bascones (D. Manuel María).
« Becquer (D. Gustavo).
« Benavides (D. José de).
« Benitez de Lugo (D. Antonio).
« Boutelou (D. Claudio).
« Bueno (D. Juan José).
« Bueno (D. Ricardo).
« Bustillo y Perez (D. Eduardo).
Sra. Butler (D.ª Rosa).
Sres. Calvo Asensio (D. Pedro).
« Campillo (D. Narciso).
« Campoamor (D. Ramon).
« Canalejas (D. Francisco de P.ª).
« Cárdenas y Uriarte (D. José).

Sres. Castelar (D. Emilio).
Ilmo. Sr. Castellanos (D. Basilio Sebastian).
Sres. Castro (D. Federico).
« Collantes (D. Francisco de P.ª).
« Diaz de Benjumea (D. Nicolás).
Sra. Diaz F. de Lamarque (D.ª Antonia).
Sres. Eguilaz (D. Luis).
« Escudero (D. Luis).
« Ester (D. Cayetano).
« Fernan-Caballero.
« Fernandez Aveño (D. Teodomiro).
« Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
« Flores Arenas (D. Francisco).
« Font (D. Enrique).
« García Gutierrez (D. Antonio).
« García Lovera (D. Ignacio).
« García Lovera (D. Rafael).
« García de Meneses (D. Gregorio).
« G. Negrete (D. Antonio).
« Garrido (D. Manuel).
« García Perez (D. Eduardo).
« Giron y Lopez (D. Manuel).
Sra. Grassi (D.ª Angela).
Sres. Hartzenbusch (D. J. Eugenio).
« Jimenez (D. Manuel).

Sres. Jimenez Storga (D. Gomersindo).
« Lamarque de Novoa (D. José).
« Larrañaga (D. G. Romero).
« Laverde Ruiz (D. Gomersindo).
« Lopez de Ayala (D. Adelardo).
« Lopez Garcia (D. Bernardo).
Sra. Lopez (L.ª Rogelia).
Sres. Maraver (D. Luis).
« Marco (D. José).
« Martinez de Artabeytia (D. Mateo).
Sra. Mendoza de Vives (D.ª María).
Sres. Mier (D. Eduardo).
« Montaut y Dutriz (D. Manuel).
« Montero (D. Manuel María).
« Muro (D. Julian).
« Medina (D. José).
« Palacio (D. Manuel del).
« Palacio y G.ª Velasco (D. Javier).
« Pizarro (D. Manuel).
« Ramirez (D. Javier de).
« Ramirez y de las Casas-Deza (D. L. M.).
« Ramos Calderon (D. Antonio).
« Rios (D. Demetrio de los).
« Rios (D. J. Amador de los).
« Rios D. Diego Manuel de los).

Sres. Rodriguez Correa (D. Ramon).
« Rodriguez y Morales (D. José).
« Rodriguez Zapata D. Francisco.
« Romea D. Julian.
« Romero de Castilla D. Tomás.
« Rubio y Diaz D. Vicente.
« Ruiz Aguilera D. Ventura.
« Sala D. Manuel.
« Sanz D. Eulogio Florentino.
« Sawa D. Federico de.
« Segovia (D. Gonzalo).
« Selgas y Carrasco (D. José).
« Serra (D. Narciso).
« Salcedo (D. Pedro).
Sra. Sinués de Marco (D.ª M.ª del Pilar).
Sres. Tamayo y Baus (D. Manuel).
« Trueba y la Quintana (D. Antonio).
« Utrera (D. Federico).
« Valderomar y Pineda D. Javier.
« Velazquez y Sanchez (D. José).
« Viedma J. DAntonio).

COLABORADORES.

Todos los Literatos y Artistas de España.

SUMARIO.

Sueltos.—*Sobre el estudio del idioma árabe en España*, por D. Gomersindo Laverde y Ruiz.—*Utilidad de la novela en España*, por la Sra. Doña Angela Grassi.—*Contestacion al discurso del Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez*, por D. Antonio Ferrer del Rio.—*La esposa del Marino*, por D. José Lamarque de Novoa.—*Apuntes biográficos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, por D. Federico Utrera.—*Canción patriótica* (poesía inédita), por Don Juan Nicasio Gallego.—*A la luna*, (poesía imitación de Lord Bayron), por la Sra. Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*En un album* (soneto), por la Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque.—*El Plantador*,—*En un album*, (poesías) por D. J. E. Hartzenbusch.—*En el album de una napolitana*, (poesía) por el Sr. Duque de Rivas.—*El ermitaño*,—*En un album*,—*Madrigal*, (poesías) por D. Manuel del Palacio.—*Con motivo de la reversion de la isla de Santo Domingo á España*, (soneto) por D. Demetrio de los Rios.—*El niño vivo, y el niño muerto*, (Baladas) por D. José Velazquez y Sanchez.—*A una adúltera*, (soneto) por D. Narciso Campillo.—*A una nube*, (poesía)

por D. Enrique Font.—*Exposicion de bellas artes*, (1862), por D. Javier de Ramirez.—*Bienaventurados los pobres de espíritu*, (novela,—continuacion) por D. José Velazquez y Sanchez.

Aunque habíamos anunciado en nuestro número anterior, que suspenderíamos por ahora la contestacion del Sr. Ferrer del Rio al discurso del Sr. García Gutierrez, hemos determinado darla seguidamente, por habérsenos pedido así por un gran número de suscritores.

El 25 del pasado mes, día en que cumplió el tercer siglo del nacimiento de Lope de Vega, se reunió la academia de la Lengua en la casa que fué de aquel, situada en la calle de Cervantes, número 15: en este acto solemnemente se dió lectura del testamento de Lope y del documento que acredita la compra que hizo de la referida casa, formalizando al propio tiem-

po la escritura que hacen los actuales poseedores del edificio memorable, obligándose á conservar como servidumbre el monumento que para gloria del Fénix de los ingenios ha construido el escultor, Sr. Ponciano, por orden de la academia.

Asistieron á tributar el homenaje de respeto que se debe al génio, además de la Academia, el señor corregidor de Madrid, en representación del vecindario; el capellan de los Trinitarios, en nombre de la congregacion de los Pro. de Madrid; los señores Ayala y Eguilaz, en representación de los autores dramáticos, los Sres. Cervino y Marqués de Auñón, como poetas líricos, y los Sres. Luna, Romea, Pizarroso y Arjona, como representantes del arte dramático.

La escritura la firmaron como testigos todos los presentes. La capilla y la alcoba se colgaron como se calcula que se hallaría á la muerte del ilustre poeta.

Se ha inaugurado en Madrid en el local dispuesto al efecto en la calle de Capellanes, una Sociedad literaria, creada por algunos jóvenes amantes de las musas y de los estudios literarios.

Los señores Camus, Castelar, Moret y Prendergast, y Morayta, á quienes se ofrecieron los diferentes cargos de la mesa presidencial, los aceptaron con la complacencia que acostumbran tratándose de un objeto digno de su proteccion y apoyo.

El señor Castelar, con la brillantéz que le distingue, dirigió á los asociados una sentida alocucion, exhortándoles al estudio y animándoles con el resultado favorable que ofrecen las manifestaciones espontáneas secundadas por la asiduidad estudiosa.

Terminado que hubo, se leyeron diferentes composiciones alusivas al acto que se celebraba, por los señores Sellés, Vallejo, y Rubi (hijo), las cuales fueron muy aplaudidas.

Después de propuestos los temas que han de discutirse en la próxima academia, se levantó la sesion.

Catedráticos. Los profesores que se han brindado hasta ahora á explicar clases en el Atenéo de la Côte, durante este invierno, son los que se espresan á continuacion:

Señor don Emilio-Castelar.—La civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo.

Señor don Alfredo Adolfo Camus.—Enseñanza pública.

Señor don Juan Lopez Serrano.—Idea del derecho en su desenvolvimiento filosófico y desarrollo histórico.

Sr. don Felipe Salvador Aznar.—Teneduría de libros con aplicacion á las oficinas del Estado.

Sr. don Juan Vilanova.—Geología considerada bajo el punto de vista de sus aplicaciones á la agricultura y á la industria.

Señor don Manuel de Assas.—Arqueología española.

Señor don Manuel Becerra.—astronomía popular.

Señor don Antonio Blanco Fervude.—Arboricultura.

Señor don Fernando Corradi.—Filosofía del derecho con relacion á la política.

Además, sobre la libertad de comercio explicarán semanalmente los señores Alcalá Galiano, Alzugaray, Bona, Canalejas, Carreras y Gonzalez, Carballo, Echegaray, Figuerola, Malo de Molina, Marquez, Monasterio, Moret y Prendergast, Pastor, Retortillo, Rodriguez, Sagasta; Sanromá, Segovia, Silvela y otros individuos de la *Asociacion para la reforma de los aranceles*.

Además habrá clases particulares para los sócios solamente, de idiomas aleman y árabe.

Acompañamos á la prensa toda de Madrid, en el sentimiento manifestado por la temprana pérdida del jóven escritor D. José María de Larrea, que una rápida dolencia le ha conducido al sepulcro en breves horas, dejando á sus hijos en la horfandad y á su querida esposa en el mayor desamparo.

Este es el mísero destino de la mayoría de los escritores españoles, que como el desgraciado Sr. Larrea viven en su modesta posicion, dedicados á un asiduo é improductivo trabajo. No tienen mas consuelo que las lágrimas de sus amigos cuando dejan de existir.

DEL ESTUDIO DEL IDIOMA ÁRABE

EN ESPAÑA.

(Continuacion.)

III.

Patentizado habemos—y dispéñenos el lector la digresion—parte de las grandes ventajas de la *unidad católica*. ¿Será cosa de renunciar á ellas solo por dar un argumento poderoso á los apasionados del griego contra los que creemos este idioma menos interesante que el árabe bajo el aspecto religioso?

¿Habrá por ventura helenifilos que, dando diverso giro á la cuestion, nos digan; «No os fijéis solo en las ventajas de estender el conocimiento del idioma árabe, fijaos tambien en sus inconvenientes, recordad los groseros errores y blasfemias esparecidas en el Korán y otros libros de los sarracenos, y la proverbial voluptuosidad de sus costumbres, que por fuerza ha debido trascender á su literatura?»

Objeccion grave seria esta si los filósofos y poetas griegos pudieran citarse como ejemplares de santidad; pero sucede una cosa enteramente opuesta: los árabes, comparados con ellos, son unos ángeles.—¿Quien ignora las terribles acusaciones que S. Pablo, en su admirable *Epístola á los romanos*, lanzó contra los sábios del paganismo?

«Puesto que lo que se puede conocer de Dios le es manifiesto á ellos, porque Dios se lo reveló; porque las cosas de El invisibles se veían después de la creacion del mundo, y las cosas hechas por las obras criadas, aun su vida eterna y su divinidad; de modo que son inescusables, pues aunque conocieron á Dios, no le glorificaron y dieron gracias como á Dios, antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazon insensato. Porque *teniendo por sábios se hicieron necios*, y mudaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos y de sierpes. Por lo cual Dios los entregó á los deseos de su corazon, á la inmundicia: de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos, los cuales *mudaron la verdad de Dios en la mentira, y sirvieron á la criatura antes que al Criador*, el cual es bendito por los siglos. Amen. Por esto los entregó Dios á *pasiones vergonzosas* (1).... Y como no dieron pruebas de que conociesen á Dios, así los entregó Dios al réprobo sentido para que hiciesen cosas perversas, LLENOS DE TODA INIQUIDAD, de malicia, fornicacion, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidio, discordia, dolo, malignidad; chismosos, detractores, aborrecidos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fé, sin misericordia.»

Por monstruosas que sean las ideas y corrompidas las costumbres de los mahometanos, ¿llegaron jamás á la espantosa degradacion que con tan enérgicas pinceladas nos describe el Apóstol? Y adviértase que

(1) Vea las espresadas el que guste en la *Epístola ad Romanos*.

en las palabras del gran doctor no ha y la menor exageracion, que son fiel retrato de la realidad, comprobado por los monumentos mas auténticos de la ciencia y literatura griega. Ya Ciceron dijo, refiriéndose á los griegos: *No hay necesidad que no haya sido sostenida por algun filósofo*; sentencia que el mismo célebre orador romano demostró, pasando revista á los maestros de la clásica filosofía, en la cual pululaban, como en el mar los tiburones y las focas, el panteísmo, el dualismo, el sabeísmo, el antropomorfismo, el ateísmo, el escepticismo, todos los absurdos imaginables, mientras estaba completamente desterrada de ella la verdadera nocion del Dios infinito, personal, criador y providente del cristianismo. ¡Y todavia entonces no brotaran el gnoticismo y el neoplatonismo, con su inmenso acompañamiento de estravagancias y supersticiones!

Esto en cuanto al órden doctrinal; en cuanto al órden moral, pasando por alto el escandaloso é inconcebible desarrollo de la prostitucion *natural*, digámoslo así que entre los helenos llegó á ser una *institucion social*, un *culto* y un *título de nobleza*, prescindiendo de aquella lascivia pública y universal, cuyas emanaciones se respiran con asco en las poesías de casi todos los vates griegos, bastará para evidenciar la verdad de cuanto afirma San Pablo, hacer mérito de la execrable prostitucion *sáfica*, inventada por la cantora de Lesbos, cuya famosa incompleta oda segunda, en que solo espresa el delirio de los sentidos, está dirigida á una muger, y del *pecado nefando*, esa otra abominacion tan generalizada entre los gentiles en que, segun Plutarco, incurrieron ~~prácticamente~~ nada menos que Sócrates, Platon, Xenofonte, Esquines y Cebes, toda la *sábía antigüedad*, pudiéramos añadir, no quedándose atrás Anacreonte y Teócrito, y sus imitadores Horacio y Virgilio. ¡Oh abyeccion vergonzosa de la naturaleza humana! ¡Oh lastimoso ejemplo de lo que es el hombre apartado de Dios! Y tales infamias, rara vez oídas de los agarenos, ni leídas en sus escritos, ¿son motivos muy fundados que digamos, de preferencia á favor del idioma y literatura griegos sobre la literatura y el idioma arábigos? Vuélvase, por consiguiente, contra sus autores la objecion á que contestamos y confirma mas y mas la tésis que venimos desenvolviendo.

IV.

Relativamente al sentimiento patriótico y á la política nacional, aun es, si cabe, mas palpable la ventaja que el árabe saca al griego, pues al paso que este nunca se arraigó en el suelo ibérico—significan muy poco algunas colonias perdidas en la noche de la antigüedad—y hoy está relegado á un pequeño Reino de la Europa Oriental, donde no tenemos intereses que defender ni tradiciones que continuar, aquel sonó durante largos siglos y suena al presente en los labios de una raza numerosisima, estendida por las tres grandes secciones del antiguo continente, que ha dejado rastros indelebles en nuestro suelo, en nuestros monumentos, en nuestras costumbres, en nuestro idioma, en nuestra poesia, en nuestra sangre misma, y cuyas glorias é historia no pueden separarse de nuestra historia y de nuestras glorias, porque son tambien historia y

glorias, en gran parte nacionales, de una raza en fin, con quien la geografía y la historia nos han puesto en contacto providencialmente para conquistarla y asimilárnosla.

¡La conquista de Marruecos! «Esa ha sido la política histórica de España, decía el célebre marqués de Valdegamas en el Congreso de los diputados el 4 de Noviembre de 1847; esa ha sido la política nacional; esa ha sido la política abonada por la tradición y por la historia; esa ha sido la política de los Reyes Católicos; esa ha sido la política del cardenal Cisneros, y esa ha sido hasta cierto punto la política de Carlos V.—Esa es la política española.»—Y esa es, añadiremos nosotros, la aspiración general de nuestro pueblo, que vé en ella instintivamente no solo el desquite de la rota de Guadalete, y el término natural de la corriente mas poderosa de la historia patria, sino tambien la condicion esencial de la futura grandeza é independencia de España, y el cumplimiento del grandioso destino á que el cielo nos llama visiblemente por medio del interés, de la tradición y de la naturaleza. De ahí toma su alta importancia la última guerra de Africa, en la cual desapareció á los ojos del país el carácter de un suceso aislado entre lo pasado y lo venidero, dejando de ser la venganza de ciertos insultos, para convertirse en iniciación de mas elevados y trascendentales designios. Así el ilustre Hartzenbusch, poniendo en boca de los manes de nuestros héroes muertos en aquel bárbaro clima los sencillos al par que sublimes y expresivos versos

«Hoy para despues tomamos
De esta tierra posesion,»

ha sido fiel intérprete de los sentimientos y esperanzas de la patria, que—y esto merece notarse—al contemplar desechas por el invencible denuedo de sus hijos las hordas berberiscas, exclamó, en medio del general regocijo: «¡Ha llegado el dia de mi regeneración!»

Hasta hace poco, no solo los estrangeiros, mas aun los mismos naturales daban á España escasa representacion en el órden político universal, considerandola escluida de la gerarquía de las grandes potencias, apesar de la riqueza de su suelo y número de sus población, de sus magníficas colonias, de su historia, la mas brillante del orbe: todo alarde de grandeza se juzgaba fanfarronada, ilusion toda esperanza de enaltecimiento. ¡A tal postracion viniera la egregia señora de dos mundos! Mas el fuego de su pristino valor solo estaba cubierto con cenizas, no apagado: soplaron vientos del cielo trayendo el grito de ¡Al África!, y de repente cobró su antigua energía, convirtiendose en esplendorosa hoguera, á cuyos reflejos la Europa, antes desdeñosa, ha vuelto con interés, si nó con celos, sus miradas hácia nosotros, y en su conciencia y en la propia nos rehabilitamos de una manera tan inesperada como gloriosa, rompiendo por todas partes en arranques de patriótica generosidad y de inesplicable entusiasmo con unísono concierto de pensamientos y voluntades. ¿Hubiéramos dado semejante espectáculo á no cifrar en nuestra empresa mas que la reparacion de algunos agravios, á no estar todos subyugados por una idea potentísima, superior á los intereses de un dia y

de una generacion? No: los efectos grandes no nacen, ni pueden nacer de causas pequeñas; la lógica rechaza tamaña desproporcion. Eso prueba que para el sentimiento nacional son cosas íntimamente enlazadas el engrandecimiento de España y sus progresos en el territorio Africano. ¿Cómo se explicaria si nó la unanimidad que ha existido y existe acerca de la importancia de la cuestion de Marruecos? Y esa unanimidad, ¿no es ya por si sola para los espíritus imparciales un vehemente indicio en favor de las tendencias y de los sentimientos en que se ha manifestado? ¿No revela con harta claridad que son rectas las primeras y fundados los segundos? Un exámen mas completo de la materia, lejos de destruir tales deducciones, las corrobora y justifica, poniendo de resalte que España tiene el *derecho* y el *deber* de estender su imperio por las regiones de allende el estrecho de Gibraltar.

«Si asentar nuestra dominacion en el África—sigue hablando el elocuente autor del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*—es para nosotros una cuestion de engrandecimiento, impedir la dominacion esclusiva de ningun otro pueblo en las costas Africanas, es para nosotros cuestion de existencia. Diez y seis años há que la Francia combate, y combate sin descanso por asegurar su poder en el continente Africano. ¿Sabéis cual sería nuestra situacion el dia en que ese poderio se asentase definitivamente en ese continente?... Nuestro Estado, políticamente hablando, sería un estado de perpétuo bloqueo. ¿Qué sería de nosotros con una Francia en el Norte y otra en el Mediodia? ¿Qué sería de España? Se convertiría en un departamento de la Francia.... Dejaría de ser una nacion independiente, dejaría de tener una existencia propia.

«Pues todavie no es esto lo peor..... Rigurosamente hablando, una nacion puede existir sin independencia y sin gloria, si es que existencia puede llamarse la que es sin gloria y sin independencia... Pero no pueden existir las naciones, lo mismo que los individuos, sin pan que llevar á la boca, y ese pan nos faltará el dia que ese suceso se se verifique. ¿De qué subsiste España? De la agricultura, de las primeras materias que produce y cambia. Ahora bien: el dia en que en el territorio donde se dan las mismas materias se establezca definitivamente una nacion mas civilizada, y con mas conocimientos agricolas que nosotros, ese dia se nos cerrarán todos los mercados del mundo.»—Y ¿hay contra el ensanche de la dominacion francesa en África otro recurso que el ensanche de la nuestra? Tenemos, pues, un *derecho* incontestable á él, como quiera que las sociedades le tienen siempre á conservarse y vivir, y á todo lo indispensable para estos fines. Mas ved, se nos dirá quizá, que ese *derecho* choca de frente con el análogo que no podeis negar á los marroquies—Se lo negamos rotundamente. La barbarie no tiene *derechos* contra la civilizacion.

Si esto reúne todos los caracteres de la evidencia, no menos resplandecen en el *deber*, que, como cristianos, tenemos de llevar el espantoso *vacio de civilizacion* que en Africa se advierte. *Enseñar á los ignorantes*, que es siempre una obra de misericor-

dia, se torna obligacion sagrada cuando aquellos no pueden ser instruidos por otro camino; máxima tan aplicable á los pueblos como á los individuos, pues son idénticos los principios morales que los rigen. Negar esta verdad sería lo mismo que condenar á inmovilidad perpétua la mitad del humano linage, porque sin esterior impulso ningun hombre ó nacion entra en la senda del progreso: la barbarie no es el gérmen, es el cadáver de la civilizacion. Y ¿de quien si no de España podría la Berberia recibir las luces evangélicas y los beneficios consiguientes? O lo que es lo mismo. ¿Por qué otra nacion de Europa mas que por la nuestra podrá ser asimilada? ¿Por la Francia que es la que en Africa cuenta hoy mayores dominios? Imposible: eso equivaldría á la asimilacion de la barbarie mas estrema por la mas adelantada civilizacion, cuando las civilizaciones de todo punto contrarias resisten perpetuamente á toda clase de asimilaciones, cuando no hay asimilacion posible sino entre las civilizaciones confines.... ni en la naturaleza y en la historia se conocen asimilaciones saltuarias. Manifestacion y confirmacion á la vez de este gran princio es la Rusia, la nacion que en el mundo se ha asimilado mas civilizaciones diversas.

¿Qué puntos de contacto existen entre la Francia y el Africa? Ninguno: hay, por el contrario, todas las soluciones de continuidad posibles. «Hay la solucion de continuidad geográfica—volvemos á copiar del marqués de Valdegamas,—porque entre Francia y Africa está España; hay la física, porque el sol español brilla entre el sol francés y el sol africano; hay la moral, porque entre las costumbres refinadas y cultas de la Francia, y las costumbres bárbaras y primitivas del africano, están las costumbres del español, aun mismo tiempo primitivas y cultas; hay la solucion de continuidad militar, porque entre el general francés y el caudillo africano, está la especie que sirve entre uno y otro de transicion, está el guerrillero español; hay la solucion de continuidad religiosa, por que entre el mahometismo fatalista del africano y el catolicismo filosófico francés, está el catolicismo español con sus tendencias fatalistas, con sus reflejos orientales....»

«Y ved la causa porque la Francia no puede asimilarse al Africa.... ¿Qué le resta pues, á la Francia? La Francia no puede acudir á la asimilacion. ¿Qué le resta? Acudir al esterminio, pero el esterminio....no es arma puesta al servicio de las naciones civilizadas....no civiliza á los esterminados y barbariza á los esterminadores.»

Y ¿está la Inglaterra, están las demás naciones cultas en situacion mas favorable que la Francia para emprender la asimilacion del Africa? No, porque con idénticos ó acaso mayores inconvenientes unen dos que son gravísimos: el ser protestantes y el de carecer de una base territorial en la misma Africa. Esto dificulta la conquista material; aquello imposibilita la moral. El protestantismo es radicalmente impotente por que la caridad no arde en su seno, y solo la caridad es expansiva, solo la caridad es civilizadora. La caridad es el alma del catolicismo el alma de España: España únicamente puede, por lo mismo, asimilarse al

Africa. España es la nación entre todas las civilizadas, que mas inmediatamente confina con el Africa; confina geográfica, física, militar, histórica, moral y religiosamente; hay entre ambas todos los puntos de contacto posible, relativamente hablando. A España, pues, toca el *deber* de ilustrar al Africa; á España el de conquistarla, dado que aquello es irrealizable sin esto; *deber* que crecería tanto mas cuanto mas posible fuese á la Inglaterra la asimilacion del Africa: si ahora debemos sustraer los pueblos líbicos á la barbarie, en tal caso deberiamos sustraerlos á la barbarie y á la corrupcion.

Demostrado que el dominar al Africa es para España un *derecho* y un *deber*, como se desconocerá la inmensa utilidad política de la difusion del idioma árabe entre nosotros?

El sentido comun indica, y la historia comprueba abundantemente, que la conquista militar, difícilísima cuando no la preceden la moral é intelectual, es sumamente fácil, rápida y barata cuando éstas la han preparado. Todo imperio cimentado únicamente en la fuerza bruta, es efímero é insubistente; el dominio sobre los cuerpos sin la adhesion de los espíritus, no es otra cosa que tiranía, y la tiranía pasa pronto: por el contrario, quien reine en los espíritus, sin dificultad se hará dueño de los cuerpos. Así se explica como el imperio turco, despues de tantos siglos, todavía no es mas que un gran *campamento* en Europa, y como la Rusia ha podido corroerle paulatinamente hasta el punto, en que hoy le vemos, de dar el último aliento. Así se explica tambien el decidido empeño que pone la Inglaterra en difundir á toda costa el protestantismo en los países católicos; porque ¿quién será tan inocente que se persuada de que el celo religioso, el interés de la salvacion de las almas, es el único móvil de tan enormes sacrificios pecuniarios, por parte cabalmente de la nación positivista por antonomasia? A nuestros ojos, al menos, es evidente que toda esa propaganda se encamina solo á disponer el terreno para ir echando las garras acá y acullá á las poblaciones ó comarcas que mejor convengan á la soberbia Albion, á dividir y debilitar los demás estados, para tenerlos en perpétua tutela, moverlos todos al compás de sus orgullosos antojos, como otros tantos Portugales. Es que los ingleses comprenden perfectamente toda la trascendencia de la conquista moral é intelectual. ¿Por qué no emplear nosotros con fines de caridad y de progreso, para practicar un *derecho* y un *deber* inalienables, esos mismos medios de que ellos se valen para el triunfo de sus miras egoistas y retrógadas? ¿Por qué no ejercer en Marruecos, para españolizarle, una propaganda parecida á la que ellos ejercen en el continente europeo para britanizarle? ¿Y por dónde habremos de empezar? Salta á la vista: por aprender el idioma árabe.

Nadie ignora el poderoso ascendiente que, gracias á su vasta erudicion musulmica, llegó á tomar en Fez el insigne español Don Domingo Badia y Leblich (*Al-Bey-el-Abassi*), poniendo en grave peligro la independenciam de aquella monarquía, cuya anexion parcial á España tuvo muy ade-

lantada; plan atrevido que no se realizó por escrúpulos honrados de Carlos IV, á causa, sin duda, de ser demasiado prematuro. Si Badia, un hombre no mas, pudo tanto, ¿qué no podrian centenares de Badias desparramados por toda la Mauritania? Pues esos los tendremos el dia en que el estudio de la lengua árabe se generalice, entre nosotros. Adquirido este instrumento, sera nuestra la llave del imperio scherifiano en el órden moral, así como Ceuta y Tetuan lo son en el órden material. Con ella penetraremos fácilmente y sin ruido en los misterios de la organizacion social de aquella raza embrutecida, envolviéndola poco á poco en una red invisible, pero inquebrantable, de religion, política y comercio, inoculándola el espíritu, las costumbres y la cultura progresiva del catolicismo; creándonos en su seno partidarios y afinidades poderosas; poniendo en suma, un profundo antagonismo entre sus ideas y sus instituciones, de tal suerte que, mientras estas, como mahometanas, tiendan hácia el Oriente, aquellas, como cristianas, se inclinen hácia España y la llamen, pues que lo semejante llama siempre á sus semejantes. ¿Seria dudoso el triunfo del principio sobre el hecho, de lo esencial sobre lo accidental? Así irá determinándose mas y mas de dia en dia nuestro *derecho* á la conquista de Africa; así aquella se hará cada vez mas fácil y mas necesaria; así, en fin, al sonar la última hora del imperio muslim en el reloj de los tiempos, todo estará preparado para que Marruecos entre sin violencia, natural y espontáneamente, bajo el cetro de España, y España se dilate, por la misma fuerza providencial de las cosas, hasta las gigantés cordilleras del grande Atlas.

¡Tanta es para el porvenir de España la importancia del idioma árabe, bajo el aspecto político! ¿Le será comparable por ningún estilo la del griego?

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

REFLEXIONES

SOBRE LA UTILIDAD DE LA NOVELA EN ESPAÑA.

DEDICADAS

al Sr. Don Andrés Borrego.

El humilde charco de agua resplandece con los colores del arco iris al contacto de los rayos del sol: el espíritu se enaltece al ponerse en comunicacion con el talento verdadero.

Bendito el que despues de haber consagrado su vida á estudiantas vigiliass, no se desdeña de confundir sus ideas con las ideas del que todo lo ignora, así como el mismo sol, que al iluminar el alto cedro, no se desdeña de dejar caer algunos de sus rayos sobre la modesta flor escondida entre la grama.

¡Cuántas veces la primera chispa del génio, brota de la palabra benévola que han pronunciado lábios distinguidos!

La otra noche me hablásteis con bondad, señor, y surgió en mi mente un mundo de nuevas ideas.

Entonces no acerté, embargada por mi timidez natural, á daros á comprender mis pensamientos, pero un invencible deseo me impulsó á

trasladarlos al papel, y á ofrecéroslos en muestra de mi admiracion y mi respeto.

Tratábamos de la novela: tratábamos de que hace veinte años, vos con vuestro profundo talento, con vuestra acertada apreciacion de los movimientos sociales, quisisteis iniciarla en España, y al efecto abristeis en vuestro periódico un concurso para los modernos novelistas.

Por desgracia, nadie acudió al certámen, nadie respondió á vuestro generoso llamamiento, pero lá primera piedra del edificio estaba ya cimentada, y el tiempo se encargará de dárla cima.

Una pequeña semilla se desprende del tallo fecundador, y la brisa la arrebatá entre sus alas: á veces viaja por largo tiempo: tan pronto el aura la deposita en las márgenes de un arroyo, y las ondas se encargan de trasportarla á la opuesta orilla: tan pronto está detenida entre ásperos peñascales, y entonces es el viento el que la arrebatá y la deja caer sobre la tierra fértil, término que la Providencia habia marcado á sus peregrinaciones. Y allí germina, allí ostenta su espléndido ramaje, allí se reproduce hasta lo infinito, y tal vez trueca el antes desierto páramo en un pensil ameno.

Vos sembrásteis la semilla: han pasado veinte años, y por todos los ángulos de la Península, aventajados novelistas interrogan los ecos de nuestras tradiciones, hojean las páginas de nuestra historia, evocan llenos de fé y de entusiasmo, las sombras de nuestros héroes, de nuestros artistas, de nuestros sábios.

Sus venerados despojos sacuden el polvo del sudario, muestran á la asombrada multitud su frente coronada de laureles, y bendicen á los que sacan su nombre de las regiones del olvido: os bendicen á vos que fuísteis la inspiracion y la idea.

Ahora hay vates que canten nuestras costumbres populares; que nos describan nuestras fiestas, nuestras ciudades, nuestros monumentos; que ensalcen nuestro cielo azul, nuestros campos de flores, nuestros montes, con sus diademas de nieve, y sus mantos de espesos bosques. ¿Acaso la Francia tiene rios mas espumosos que nuestro soberbio Tajo, vergeles mas floridos que los de nuestra risueña Andalucía, paisajes mas pintorescos que los de Asturias y Cataluña? ¿Por ventura sus reyes han aventajado á Carlos V, sus conquistadores á Hernán Cortés, sus héroes al Cid Campeador ó á Gonzalo de Córdoba? Sus recuerdos históricos, ¿son por ventura mas gloriosos, que los de Lepanto y Covadonga?

¿Por qué buscar inspiraciones y armonías fuera de nuestros hogares, cuando aqui cada piedra recuerda una hazaña, cada paso que imprimimos en el suelo, evoca un murmullo de celestes armonías?

Así lo han comprendido los modernos escritores, y el pueblo español que dormitaba atargado con las pomposas disertaciones extranjeras, despierta sobrecojido de admiracion, y conoce lo que ha sido, lo que puede ser si avasalla su destino.

Embriagado de entusiasmo siente que su pecho se dilata, que su mente se ilumina: siente que es digno de ocupar un lugar entre las naciones privilegiadas de la tierra, y tendiendo una mirada de reto sobre el universo, corre á escalar su trono en el templo de la fama.

Hasta ahora ha sido un autómatá, cuyos resortes estaban movidos por una mano estraña, y esta mano aleva abatía su dignidad nacional, comprimía sus ideas de independenciam y de progreso, anonadaba sus generosas facultades: ahora

mas; separándolas puede encontrar la antorcha de Prometeo. Entonces se igualará á los dioses, y en el delirio de su entusiasmo esclamará con orgullo:—¡Mundo, soy poeta; yo he creado; hé aquí los *Amantes de Teruel*, viviendo de la luz del alma mía!

Empero, retrocedamos un instante. Al seguir la senda del poeta no olvidemos el relato de sus dolores: en 1834 terminó sus días don Santiago Hartzenbusch la Providencia no quiso permitir que contemplase los triunfos próximos de su hijo. Este sufrió con resignación el nuevo golpe de su adversa fortuna y buscó el consuelo en la actividad de su genio y en las dulzuras de la poesía. Por esta época trabajaba en clase de jornalero en el Salon de Próceres del Buen Retiro, en la obra de mueblaje. Y cuando quedó concluida, aprendió taquigrafía y obtuvo una plaza de taquígrafo temporero en la redacción de la *Gaceta*, dejando para siempre su profesión de ebanista, en 1835.

García Gutiérrez había dado á luz el *Trovador*: la revolucion teatral estaba consumada, y manifiestamente probado el gusto del público. A la aparición del *Macías*, de Larra, Hartzenbusch que tenia comenzado sus *Amantes de Teruel*, vióse precisado á variarlos por la semejanza que tenían con la anterior producción. Guiado por los consejos del actor don Juan Lombía escribió la famosa escena de los ladrones, y por último presentó su obra maestra y consiguió que fuera representada en 1837.

Hasta aquí, esa batalla continúa, por él provocada y perdida. Hasta aquí esa serie de amargas decepciones con que las sacerdotisas del Parnaso abrumaban á sus neófitos, antes de admitirles en los misterios de su ciencia. Ya habeis conocido al humilde artesano en la oscuridad de su modesto taller; habeis visto como han ido desarrollándose las aspiraciones secretas de que estaba dotado; cómo ha sufrido y aceptado el martirio de sus desgracias, y cómo no ha desfallecido en el rudo combate que ha soportado su debilidad. Cuando los rios mas hermosos nacen de pequeñas colinas, cuando las fuentes brotan en desiertos lugares, cuando las plantas mas ricas en colores crecen sobre la grama, la naturaleza se ostenta mas grande á nuestros ojos, y nuestra admiración sube de punto. Por eso cuando el genio luce su brillantez en la frente de la modestia, se venera con mayor empeño. Tanto mas, cuanto que la corona del triunfo sienta mejor á la sien marchitada por el pensamiento y los pesares.

El premio de sus fatigas y penalidades lo recibió Hartzenbusch en los aplausos de que fué colmado al representarse los *Amantes de Teruel*. Su vida solitaria que antes se deslizaba entre las malezas del dolor, cambió súbitamente. Su nombre repetido de boca en boca, fué desde entonces lo que es hoy; un nombre respetable y querido de los apasionados de las letras. Hémosle seguido en el camino del infortunio, debemos hacer lo mismo en el de la gloria.

El *Ernesto*, imitación de la *Angela* de Dumas, se representó en seguida, pero fué suprimida por el censor. *Doña Mencía ó la boda en la Inquisición*, obtuvo un éxito tan brillante, que la empresa del teatro le regaló una pluma de nácar embutida en oro, con un rubí, y el gobierno de S. M. le concedió la cruz de Isabel la Católica. *Alfonso el Casto* sucedió á *Doña María*, y fué sumamente aplaudida, como así mismo *La redoma encantada*. A continuación presentó las siguientes comedias. *Las Batuecas*, *La coja y el encojido*, *El bachiller Mendarias*, *Honorio*, *Primero yo*, *El novio de Buitrago*, *Juan de las Viñas*, *Los Polvos de la madre Celestina*, *El barbero de Sevilla* (traducción de Beaumarchais), *La abadía de Penmarck*, y *El abuelito* (del francés).

En enero de 1844 fué nombrado oficial primero de la clase de primeros, con consideraciones de bibliotecario de la Nacional de Madrid.

El veinte de mayo de 1845 se representó con extraordinario aplauso, *La jura en Santa Gadea*. También escribió despues en compañía de Rubí, *Una onza á terno seco* (imitada de *La Maison en loterie*, de Picard.)

En marzo de 1846 estrenóse en el teatro del Príncipe *La madre de Pelayo*; inútil es decir el éxito que tuvo. Y para las fiestas reales que se celebraron aquel año con motivo de las régias bodas, compuso una zarzuela con ayuda de Breton de los Herreros, titulada *Zamarramala*. Luego refundió *La esclava de su galán*, de Lope.

En 1846 y 47 escribió la crítica teatral del *Español* (periódico) y la Real Academia española le admitió en su seno. Para este acto preparó un discurso titulado: *Carácter distintivo de las obras dramáticas de don Juan Ruiz de Alarcón*; su lectura produjo tan buen efecto,

que sin pecar de exagerados puede decirse que el mas filosófico de nuestros poetas del siglo XVII debe á Hartzenbusch su resurrección.

Escribió para el Liceo una memoria sobre la vida y escritos de don Dionisio Solís, y un juicio crítico de las obras de don Ramon de la Cruz. En la *Biblioteca de autores españoles* ha dado á luz una correcta colección de las comedias de Tirso, y todo el teatro de Calderon donde incluyó *El acaso y el error*, comedia desconocida.

Despues de estos trabajos ha escrito, *la ley de Razas*, *Un sí y un no*, *La Archiduquesita*, y una loa para la inauguración del teatro del Príncipe, en la temporada cómica de 1856.

En 1858 tuvimos el gusto de presenciar el triunfo conseguido con su drama *Vida por honra*, que como todos sus trabajos, es un modelo de perfección.

Sus composiciones líricas son muy notables, y entre ellas hay algunas como.—*Al busto de mi esposa*—que sobresale por su mérito especial. Ha traducido del alemán algunas de Schiller con gusto y delicadeza admirables. Tal es la *Campana*. En 1848 publicó 102 fábulas (traducidas y versificadas por él) entre las que figuran 30 del célebre Lessing.

En el número 1.º de esta *Revista* habrán visto los lectores su último trabajo, que ha llamado la atención de literatos y eruditos.

Aquí termina la relación de su vida literaria.

Hartzenbusch, aun conserva el entusiasmo de la primera juventud, y sus cabellos canos no son otra cosa, que una capa de ceniza que cubre el fuego de su inspiración. Todavía su pluma seguirá conmoviéndonos: algun nuevo parto vendrá á recordarnos que el autor de *Doña Mencía* vive respirando el aire de las montañas en que los cisnes toman vuelo.

Vamos á terminar estos apuntes. Hacer el juicio crítico de las obras de Hartzenbusch, lo creemos ocioso, porque ha sido hecho por toda la prensa española, y por muy distinguidas plumas. Además, ¿qué ganaria el público y el interesado en este juicio? El primero, escuchar una serie de elogios; el segundo salir absuelto de nuestro incompetente tribunal. Cuando los trabajos de imaginación se pesan en la balanza de la crítica, y esta se inclina del lado de las bellezas, no puede exigirse mas, pues la perfección absoluta en las artes, aun no hemos hallado el artista divino que la consiga. Hartzenbusch es un poeta elocuente y enérgico, fluido y armonioso, castizo y erudito, flexible y melancólico, claro y fácil, y que maneja el habla castellana con una perfección digna de encomio. Profundo conocedor del antiguo teatro español, sus dramas participan de ese sabor puro, de esa gracia indefinible del siglo de oro de nuestra literatura. Sus versos hablan á la inteligencia y al corazón; cuando no contienen una idea, encierran un sentimiento. En natural lenguaje pinta imágenes encantadoras, y sin ser pródigo, expresa elegantes y sencillas metáforas. Sin esfuerzos, sin hinchazon, y sin violencia, se eleva con rapidez y soltura, y sin córtés duros y descompuestos desciende con precisión y desembarazo. Delinea los caracteres con fuerza y espresiva valentía, los llena vigorosamente con el calor de las pasiones: los idealiza, pero nunca pierden por completo la verdad; y les imprime el sello de la vida con tanto poder, que inextinguibles quedan en la memoria. Sus personajes, casi seres reales son, que con el público viven. Isabel de Segura, Marcilla, son dos eternos amantes, que de continuo acompañan á los que los han visto pasear en la escena y han escuchado su tierno canto de amor. Adviértese en los versos de Hartzenbusch un fondo de tristeza, de amarga pero imperceptible ironía, de desconsoladora é indefinible desesperación, que hacen concebir que han recibido (aunque de lejos) el beso de los céfiros de los bosques de la Germania, y que como su autor, reservados, no quieren decir que salen de un alma dolorida. Ese delicado misterio, difícil de hallar bajo una forma sencilla en la cual existe, les dá un carácter ligeramente filosófico que los singulariza. Se asemejan á las rosas, que á par que admiran con la hermosura de los colores, producen una sensación mas duradera y profunda con las emanaciones de su dulce aroma.

Si nos dejásemos llevar del entusiasmo que nos inspira el gran poeta dramático que nos ocupa, aun seguiríamos llenando papel y no nos daríamos por satisfechos. Mas antes de concluir estos renglones que hemos consagrados á nuestro respetable y queridísimo amigo, no olvidaremos apuntar las cualidades que mas le honran. Modestos hasta el extremo, siempre ha rehusado todo testimonio público de su mérito, si han

tratado de distinguirlo con él: concienzudo y entusiasta, es parco en la crítica y pródigo en animar á los que emprenden la carrera de las letras: prudente y reservado, jamás desliza su boca una palabra ofensiva y deprimidora del talento de sus émulos; á él le consultan siempre la mayoría de los autores; y como ha dicho cierto escritor «es el paño de lágrimas de cuantos le conocen» En resumen, venerado por sus virtudes, querido por su carácter accesible, admirado por su talento, don Juan Eugenio Hartzenbusch es una de las joyas mas preciadas de nuestro moderno Parnaso.

¡Ojalá continúe siéndolo por mucho tiempo, quien así ha elevado la gloria de las letras españolas! ¡Ojalá que sus ojos puedan ver la generación de poetas que debe seguirle, para que la enseñe con paternal solicitud el camino de la inmortalidad, y la aliente á la conquista de la corona de laurel, único premio del vate!

FEDERICO UTRERA.

CANCION PATRIÓTICA

DIRIGIDA A LOS SOLDADOS ESPAÑOLES, CON MOTIVO DE LAS VICTORIAS DE LOS AUSTRIACOS EN 1809. (1)

*Guerreros de Iberia,
Doblad vuestro ardor:
Ni el sable repose,
Ni duerma el cañon.*

I.

El grito de guerra,
Que España arrojó,
Del Austria en los campos
Resuena veloz.
Mil héroes alzaron
El sacro pendon,
Y ya la victoria
Su sien coronó.
Coro. *Guerreros de etc.*

II.

Si unidos triunfamos,
El mundo nos vió,
Rivales en gloria
Seremos desde hoy.
De aquel, que hasta el Sena
Difunda el terror,
De aquel los laureles,
De aquel el honor.
Coro. *Guerreros de etc.*

III.

Del déspota altivo
Qué vale el furor,
Ni enjambres de esclavos
Que arrastra el temor?
El trueno de muerte,
Que Eslinga escuchó,
Cubrió sus legiones
De estrago y baldon.
Coro. *Guerreros de etc.*

IV.

Cual tala el granizo
Las vides en flor,
Así sus falanges
El Austria arrolló.
De miles ya muertos
La lid se cubrió;
De miles que espiran
Se escucha el clamor.
Coro. *Guerreros de etc.*

V.

De espanto el tirano
La espada soltó,
Y en sangre, cayendo,
Teñirse la vió.
Mirad cuál le faltan
Aliento y color!
Mirad cuál revuelve
Su vista feroz!
Coro. *Guerreros de etc.*

VI.

¿Tus gefes invocas?
Tus gefes no son.
Gemidos, cañones
Confunden tu voz.
¿Tus águilas buscas,
Sangriento opresor?
Danubio en sus ondas
Al mar las lanzó.
Coro. *Guerreros de etc.*

(1) Con el mayor gusto insertamos esta composición del eminente literato y poeta el Sr. D. Juan Nicasio Gallego, porque no encontrándose en sus colecciones de poesías ni en los periódicos de literatura más conocidos, la creemos rara, y la juzgamos una adquisición para los amantes de las letras. La hemos debido á la amistad de uno de nuestros colaboradores.

VII.

¿Qué harás, infelice,
Si ardiendo en furor,
Mil pueblos te juran
Venganza y rencor?
La muerte ó ser libres;
Vesfália gritó;
La muerte, ó ser libres:
Responde el Tirol.
Coro. *Guerreros de etc.*

VIII.

Volad, ó Guerreros!
Destroce el leon
Los restos que infaman
El suelo español.
Su imperio, no hay duda,
Su imperio acabó:
Con sangre fué alzado,
Y en sangre se hundió.
Coro. *Guerreros de etc.*

JUAN NICASIO GALLEG O.

A LA LUNA.

IMITACION DE LORD BYRON.

¡Sol del que triste vela!
¡Astro de lumbre fria,
Cuyos trémulos rayos, de la noche
Para mostrar las sombras solo brillan!

¡Oh, cuanto te asemejas
Dé la pasada dicha
Al pálido recuerdo, que del alma
Solo hace ver la soledad sombría!

Luz de pasados tiempos,
Ya lánguida y marchita,
Vive en la mente, pero no la enciende;
Luce en secreto, pero no ilumina.

Descubre, cual tú, sombras,
Que esmalta y acaricia,
Y como á ti, tan solo la contempla
El dolor mudo en férvida vigilia.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

EN UN ALBUM.

SONETO.

Fresca y galana flor es la belleza
Y cercada de encantos aparece:
Es el talento luz que resplandece,
Luz que es del mundo la mayor riqueza.

Es la virtud la celestial nobleza
Que mas á los mortales enaltece,
Y ante su claro brillo se oscurece
El esplendor de mundanal grandeza.

La juventud aplaude á la hermosura,
Rinde el mundo alabanzas al talento,
Y la razón á la virtud adora.

Eres bella, si ofrece tu alma pura
Siempre al saber y á la virtud asiento,
Bella serás de bellas triunfadora.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL PLANTADOR.

Yo esta higuera planté y aquel manzano
Y ellos me rinden ya copioso fruto:
Hijos, igual tributo
Debéis pagar á vuestro padre anciano.

EN UN ALBUM.

Te ví en un baile; me miré al espejo:
¡Ay! que rábía me dió de verme viejo!

J. E. HARTZENBUSCH.

EN EL ALBUM DE UNA NAPOLITANA.

Niña, tu ojos no son
ojos, que son dos navajas
con qué destrozas y rajas
el mas duro corazon.

ANGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

EL ERMITAÑO.

Yo soy un pobre ermitaño
que vive en la soledad,
y son mis únicos bienes
el cilicio y el sayal.
Una cruz de toso roble
me basta para rezar,
y rezo por la hija pérfida
que no me conoce ya....
—Tu eres un pobre ermitaño
deja á tus hijos en paz.

—MANUEL DEL PALACIO.

EL NIÑO VIVO.

BALADA.

—¿A donde vas con la prenda
de tu amor, dichosa madre?
—Al rosal de Jericó
del manso arroyo á la márgen.
Al plantarlo en esa orilla
junto al delicioso cáuce
sentí al fruto de himeneo
en mi regazo agitarse.
Parece pagar tributo
á mis gozos maternales
y reservar para ellos
sus perfumes más suaves.
En ese banco de césped
con espaldas de follage
doy á la luz de mis ojos
por alimento mi sangre.
Fluye de mi pecho el jugo;
estrecho á mi seno un ángel;
nos dá sombra la enramada;
el viento aromas nos trae.

—¿Qué buscan tus ojos fijos
en el cielo, feliz madre?
—El rastro de luz que dejan
espíritus celestiales,
que en nube color de rosa
atravesan los celages,
bajando á velar solícitos
el sueño de los infantes:
el tibio rayo de sol,
que en plácida tinta baña
de mi pequeño tesoro
el hechicero semblante:
el crepúsculo que anuncia
el declive de la tarde,
y vá cediendo á las sombras
del cénit el vasallage:
el silencio y el reposo
que dulce beleño esparcen,
y los párpados del niño
cierran con alhago amante.

—¿Qué observas junto á la cuna
de tu niño, tierna madre?
—El trueno zumba: el relámpago
entre los nublados arde.
El viento en furiosas ráfagas
viene en el muro á estrellarse,
y la lluvia impetuosa
con ráudo turbion lo bate.
Los elementos convulsos
amagan despedazarse,
y al fragor de la tormenta,
y entre sus crudos alardes,
el hijo del alma mia
en sueño tranquilo yace,
con las manos sobre el pecho,
y una sonrisa de arcángel.
Angel de su guarda, ciérnete
sobre su cabeza; ampárale,
y el piélago de la vida
bajo tu custodia pase.

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

CON MOTIVO DE LA REVERSION DE LA ISLA

DE SANTO DOMINGO Á ESPAÑA.

SONETO.

Sobre su trono España adormecida
abrió entre sueños la potente mano
y, rodando á sus piés el cetro indiano,
la herencia de Colon lloró perdida.

Lloró tambien su joya más querida,
la perla occidentad del Océano,
que recibiera con el nombre hispano
fé sacrosanta y gloria esclarecida.

Lloróla sí.. y al verla vacilante
tocar los bordes del profundo abismo
entre sus brazos con valor salvóla,

Que ya se mira tremolar triunfante,
el pabellon que alzara el heroísmo
del inmortal Colon en la Española.

DEMETRIO DE LOS RIOS.

EL NIÑO MUERTO.

BALADA.

—¿Qué miran tus tristes ojos
en el jardin, pobre madre?
—Un rosal de Jericó
de aquel arroyo en la márgen.
Al plantarlo en mis entrañas
sentí bullir y agitarse
al niño que lloro muerto
de la vida en los umbrales.
Parecen pagar tributo
sus flores á mis pesares;
que en vez de erguirse en las ramas
la mústia cerviz abaten.
En ese banco de césped
con espaldas de follage
daba á la luz de mis ojos
por alimento mi sangre.
Falta de mi pecho el jugo;
mi bien bajo tierra yace;
seca está la enredadera;
el césped perdió su esmalte.

—¿Qué buscan tus tristes ojos
en el cielo, pobre madre?
—La estela de luz que marcan
batiendo el vuelo los ángeles.
La nube color de rosa
que atraviesa los celages
para elevar al empero
las almas de los infantes:
el postrer rayo de sol
que en Occidente se apague,
dejando el cénit á el último
crepúsculo de la tarde:
el denso escuadron de sombras
que medrosas adelantan
al eco de la campana
que á la prez nocturna llame:
el silencio y el horror
que los sentidos embarguen,
y los rinda en fin al sueño
que de la muerte es imágen.

—¿Adónde vuelves los ojos
con espanto, pobre madre?
—Zumba el trueno, y el relámpago
entre los nublados arde.
Silva el viento con fiereza,
la lluvia á torrentes cae,
y acrecido por las aguas
surge el arroyo del cáuce,
innundando la campiña
con orgullosos raudales.
La cruz de boj, colocada
bajo la sombra de un sauce,
junto á la piedra que oculta
del hijo amado el cadáver,
tal vez las ondas violentas
de la inundacion arranquen,
y logrando por las juntas
de tierra y mármol filtrarse
podrán el atahud
y la carne de mi carne.

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

EN UN ALBUM.

Niña, de una amistad que acaso ignoras
prenda te doy aquí;
si eres feliz olvídame; si lloras
acuérdate, de mi.

MADRIGAL.

¡Ay! cuando yo te amaba
espejo de tu faz fueron mis ojos;
ora que te he perdido
á ellos nadie se asoma, ni aun el lloro!

MANUEL DEL PALACIO.

Amar es el paraíso,
Ser correspondido el cielo,
No haber nunca amado el limbo,
Dejar de amar el infierno.

LUIS DE EGUILAZ.

A UNA ADULTERA.

SONETO.

Cuando tu llama criminal ardía,
Ultrajando el honor, la ley del cielo,
Pudo esconder la noche con su velo
Esa tu vil profanación impía.
Pudo ocultarte la tiniebla umbría
Del ángel tuyo el indignado vuelo,
Y mitigar el hondo desconsuelo
Que en tu agitado corazón nacía.
Mas ya inunda la luz el rojo oriente:
¿Adónde irás con tu vergüenza ahora?...
¿Con qué valor levantarás la frente?...
¡Cuán abatida la miró la aurora!
Para lavar tu mancha, eternamente,
Esposa desleal, recuerda y llora.

NARCISO CAMPILLO.

A UNA NUBE.

Ave sin alas ni plumas,
vaporosa nubecilla,
que atraviesas el espacio,
por el céfiro impelida:
¿de dónde vienes y á dónde
vas, sosegada y tranquila,
cuál si fueses mensajera
de favorables noticias?

Nao sin remos, ni velas,
ni timon que te dirija,
ligera del Norte vienes
y vas para el Mediodía,
sin torcerte á ningún lado,
en tu rumbo siempre fija,
como va á la Tierra Santa
la piadosa peregrina,
al través de los obstáculos
que su devoción no entibian,
ni su propósito alteran,
ni sus pasos descaminan.

No eres vapor que al acaso
surca la atmósfera limpia:
eres el medio de un fin
que en tus entrañas abrigas.

Si este fin es un favor
que la Providencia envía
á algún pueblo venturoso
hacia el cual vas dirigida,
halagüeñas precursora
de las mercedes divinas,
llega pronto á tu destino
sin tropiezos, ¡nubecilla!

Pero qué miro! ¿Te encuentras
en tu curso detenida?

Los rayos del sol que ha poco
victoriosa oscurécias,
¿te penetran y te dejan
con el aire confundida,
te deslicen, te deshacen,
te destruyen y aniquilan?

En valde levanto al cielo,
desatentada la vista:
nada queda en el lugar
dó estuvo la nubecilla.

¡Oh mis gratas ilusiones,
con una nube nacidas,
como la nube falaces,
cuál la nube fugitivas!
Semejantes á vosotras
son las glorias y las dichas,
de ventura los ensueños
y las plácidas delicias:
fantásticas apariencias,
nubes de la humana vida,
exhalaciones del alma
que apenas nacen, espiran.

ENRIQUE FONT.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

(1862.)

I.

Hace años, cuando mi corazón rebosaba de ilusiones; cuando la esperanza levantaba en mi fantasía sueños de gloria, que en vano mi voluntad ha querido tenazmente realizar; cuando al caer de la tarde ensanchaba mi espíritu cruzados los brazos sobre el palpitante pecho, alta la frente, y fijos los ojos contemplando en Roma la artística mole del panteón de Agrippa, las ruinas del Coloseo, el arco de Tito ó la columna Trajana; cuando acompañado de mis amigos, artistas, amantes de su patria y jóvenes como yo, sentía la sangre latir hirviendo en mis sienes, estético de admiración ante los lienzos de Rafael, los paisajes de Poussin, y de Claudio Lorena, los mármoles de Miguel Angel, ante la *Comunion de San Gerónimo* del Dominiquino, y la *Aurora de Guido*, ante esa multitud de obras maestras que guarda el sepulcro de la infeliz Italia, envueltas religiosamente en el sudario que á todas horas salpica con la sangre de sus hijos; cuando alegre, feliz, con fé, con la fé ciega que impulsa al corazón á amarle todo y á desearlo todo, ántes de que se sienta palpar de terror entre las garras del primer desengaño; cuando en el mar sereno del alma flotan unas tras otras las ideas exaltando la imaginación, y desde la cumbre de una colina vemos al pie la naturaleza desarrollar á nuestros ojos magnífica decoración, de bosques y de selvas, de ruinas y torrentes, de valles profundos, de ríos espumosos, de mar sin límites, salpicado aquí y allá de blancas velas, y unas veces el sol ilumina la vasta decoración con torrentes de luz en la mitad del día, con tibios rayos al caer de la tarde y otras la luna con blanca y trémula claridad, entibiando el chispear de los luceros y el fulgor de las estrellas, en esas horas solemnes que nunca volverán para mí; soñaba sueños de gloria, que los desengaños han convertido en sombría y amarga realidad. No sé como he tenido voluntad para tomar la pluma y rendir tributo de amor á las artes y de cariñoso entusiasmo á los jóvenes artistas que con las sienes ceñidas de frescos laureles, las saludan en la sagrada hora de su resurrección; ¡sí! de su resurrección la patria de Velazquez y de Murillo, ¡mi patria! la tierra donde nació, la que guarda las cenizas de mis padres, y la que guardará las mías; ensancha el corazón de orgullo al oír resonar la voz de Dios en el sepulcro del arte, diciéndole como al cadáver de Lázaro ¡levántate y anda!

Ni sé, ni puedo darme cuenta en estos instantes, de cómo ha tenido mi corazón sensibilidad para levantar un rayo de entusiasmo en las tinieblas que envuelven mi pensamiento. Si alguna vez tuve imaginación, esperanza, ilusiones y ambición, todo, todo lo he perdido; apenas hace quince noches, que al rayar el alba, la muerte me arrancó de entre los brazos al mejor de mis amigos: juntos há veinte años, rebosante el corazón de alegría, de felicidad el alma, con la alegría, con la felicidad de los niños jugábamos en los claustros del colegio de San Diego, en Sevilla; juntos,

hincados de rodillas á los pies del altar, recibimos por primera vez la sagrada Comunion; juntos escribimos nuestros primeros versos; juntos oíamos resonar en nuestras almas la voz de un anciano ¡honra y gloria de España, D. Alberto Lista! ¡mil veces besamos su mano, y le vimos elevar la hostia celebrando el sagrado sacrificio de la Misa! ¡Pobre Fernando Ossorio! ¡pobre Fernando! yo te he visto espirar, y no he podido darte la vida que la muerte arrebató de tu gran corazón, estrujándolo envidiosa de tanto génio, de tanto valor y de tan gigante voluntad! ¡yo quería con la mia detenerla, arrojarla de tu corazón, matarla! Y mi voluntad, por más desesperados esfuerzos que hizo, no pudo darte la vida. ¡Dios mío! ¡yo no quiero que se muera! murmuré, cayendo de rodillas, y lanzaste el último suspiro. ¡Horrible momento! ¡Mi voluntad retrocedió como bala de cañón al estrellarse en una plancha de bronce! ¿Sabes, Fernando de mi alma, lo que yo le decía horas despues á Emilio Mario, cuando soñamos los següimos tu cadáver á la iglesia? ¿sabes lo que le decía? Mis ilusiones, mi ambición y mi esperanza se las lleva Fernando en el ataúd. Pero porque en mi corazón haya muerto el torrente de tenacidad, con que desde niño luchó con la desgracia, ¿he de permanecer indiferente al ver cómo la juventud que me rodea deposita las primicias de su génio sobre el altar de las artes? ¿No he de levantar la voz para rendirle tributo de admiración, é infundirle fé y entusiasmo? ¡Ay! ¡ojalá pudiera como antes consagrar mi escasa inteligencia á producir algo que redundase en beneficio de mi patria! Pero no importa, si esto es imposible, quiero ensanchar el alma, aplaudiendo con todo el corazón los triunfos de esa juventud artística, que, ganosa de gloria, lucha por recoger abundante cosecha de inmarcesibles laureles. ¡Sí! la nación que cuenta entre sus hijos predilectos jóvenes como Gisbert, Casado, Sanz, Haes, Manzano, Fierros, German, Llanos, Lozano, Erquível, Gonzalvo y otros que muy en breve ocuparán puesto distinguido entre los pintores españoles, puede decir con orgullo: todavía alienta en nuestras almas el génio que derramó inspiración en el pensamiento de Velazquez, de Murillo, de Zurbaran y de Goya.

Tal vez al llegar á estos renglones, habrá quien pregunte, con qué derecho tomamos la pluma para escribir la crítica de la presente Exposición; si son títulos bastantes para ejercer tan sagrado magisterio, el amor que desde la infancia profesamos á las artes, el haber visitado en días más dichosos los mejores Museos de Europa, el haber vivido largo tiempo en Italia vida de artista, el honrarnos desde la infancia con la amistad de esa juventud que hoy es gloria de nuestra patria, y el buen gusto que instintivamente hemos adquirido, oyendo sus apreciaciones, buen gusto que se ha desarrollado en largas horas de meditación y de estudio: esos, y nada más, son los títulos que nos impulsan en este momento á criticar las obras de jóvenes artistas, que de seguro el que ménos posee infinitamente mas inteligencia que nosotros. Que nuestra crítica no será nunca personal, no tenemos para que advertirlo; en las obras de arte, no vemos jamás la obra de este ó del otro individuo, sino obras de arte salpicadas de bellezas, que elogiamos con todo nuestro corazón, y de defectos que unos podrán serlo realmente, y otros lo serán solo con relacion á nuestras apreciaciones, á nuestros gustos, á nuestra manera de ver, y á veces á la disposición de ánimo en que nos encontramos al contemplar la obra que se presenta á nuestra vista.

Solamente criticaremos con sequedad al maestro, estas es, al artista, de quien debemos esperar todo; al artista, á quien su gobierno y sus conciudadanos han tributado constantemente admiración, concediéndole honores y riquezas en premio de haber consagrado su vida á enaltecer con los productos de su talento las glorias de la patria; al maestro, pues le exigiremos obras tan buenas por lo menos como la que haya presentado en pasadas Exposiciones; criticando sus defectos con severidad, por la razón de que los defectos de los maestros se hacen incorregibles en sus discípulos, generalmente más inclinados á imitarlos en lo malo que en lo bueno.

Para el joven que empieza, para el que guiado por su talento natural, por su instinto, lucha con todo el corazón, ansioso de alcanzar de una vez la gloria que sólo se consigue á fuerza de estudio, de amargura y de incesante trabajo, para ese nuestra crítica parecerá seguramente consejo más que crítica; imbuyéndole fé y entusiasmo con que redoble sus fuerzas, á medida que sean más insuperables los obstáculos que la envidia y la mala fe amontonan á su paso, con la sana intención de detenerle en su carrera. Ni la amistad de-

tendrá nuestra pluma, ni la antipatía, ni el mal humor envenenarán nuestros juicios: el autor de un buen cuadro, cuyo nombre preguntemos al contemplar las bellezas que con su pincel ha estampado en el lienzo, ese solamente será nuestro amigo ante el altar de las artes: el cuadro que elogiemos, no se llamará nunca, por ejemplo, Gisbert ni casado, Sanz ni German, el cuadro se nombrará *Los comuneros*, *D. Fernando el Emplazado*, *Libertad é independencia*, *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*, etc.; pues volvemos á repetir que nos honramos desde hace muchos años con la amistad de todos los jóvenes artistas, prez de nuestra patria y con la de algunos de los que en la actual Exposición se presentarán por primera vez, ostentando orgullosamente en su escudo la noble empresa de **POR EL ARTE Y PARA EL ARTE**.

En la cuestión de géneros, preferiremos el histórico, y no juzgue nadie por lo dicho anteriormente, que valdrán ménos para nosotros los demás; en todos puede el artista de génio demostrar la grandeza de su alma y su gigante inspiración, porque en el templo de las artes ocupan el mismo lugar Rafal y Poussin, Velasquez y Lorena. Si necesario fuese demostrar la importancia del género histórico, la demostraríamos; pero esta es una verdad que en el terreno del arte no necesita ni demostración, ni discusión.

A los pintores españoles que viven en el extranjero, y pintan allí sus cuadros, vienen á su patria á exponerlos, y despues de venderlos, se vuelven con el premio y el dinero á gastarlos en otro país, en donde tienen protección de sobra; á esos los trataremos como á extranjeros, con galantería sí, pero con alguna más dureza, que al que trabaja á veces pobre y oscurecido á la luz del sol de su querida España, sin más recompensa que la estimación de sus amigos.

Dejemos, pues, para más adelante tratar extensamente del jurado, del bien ó el mal que sus opiniones derramadas al paso en tertulias, corrillos y cafés pueden causar al arte y á los artistas que, confiados en su talento, ni buscan amigos, ni adulan á sus jueces, ni se valen de estos ni de aquellos, ni de la prensa para formar atmósferas que preparen la opinión pública, y extravíarla ayudados de la intriga, el *puff* y la farsa con acompañamiento de bombo y de platillos.

Quede también para entonces tratar de otras materias que analizaremos, sin talento, es verdad, pero con franqueza y la lealtad que nos caracterizan.

(Continuará.)

JAVIER DE RAMIREZ.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU.

LEYENDA MORAL

por

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(Continuación.)

IV.

DE SCILA Á CARIBDIS.

Anton salió de casa de Simuel Leví, vislumbrando un ténue rayo de esperanza; pero sin deponer el ceño que contraía sus negras y pobladas cejas en tempestuosa confusión; porque el deudor no se engañaba respecto á su acreedor desapiadado, y sabía como Francisco I. en poder de Carlos V, cuanto le había de costar el rescate.

Anton llevaba la vista fija en el suelo y un tropez de raras ideas bullía en su imaginación en danza fantástica. Unas veces pensaba en la facilidad con que su ruda mano haría bajar la cerviz al canónigo, que se había permitido hablarle de conciencia, de última hora y de sumisión al Prelado, mientras decretaba su ruina. Otras veces traía á la memoria que suelen perderse carteras llenas de oro, y que es muy feliz el que despues de encontrarla tiene valor para apropiarse el contenido. Anton había llegado á ese punto en que el hombre vendería el alma á Lucifer, si Lucifer no hubiese dado en la técla de aguardar su turno retraido prudentemente.

Sin conciencia de sus pasos, el labriego había venido á parar á la parte alta de Córdoba, y frente al palacio ostentoso de los ilustres Cabriñanas del Monte, nietos de Argote de Molina y del famoso poeta Góngora.

Una mano pasó blandamente sobre el hombro de

recho del labrador y al mismo tiempo una vocetilla atiplada y gangosa profirió esta frase:

—¿Dónde se camina, amigo?

Anton volvióse bruscamente, y reconociendo al escribano más astuto y morrullero de los cuatro reinos de Andalucía, se quitó el sombrero con un respeto mezclado de temor, sin acertar á responder á la pregunta que le fuera dirigida.

Aprovecharemos la turbación de nuestro hombre para describir en dos plumadas al Tabelion Cordobés.

Cuatro piés escazos de estatura; voluminoso abdomen; piernas torcidas y flacas; cabeza embutida en los hombros; cara de gnómo, con diformes anteojos verdes cabalgando sobre chata nariz; sonrisa taimadamente jovial; manos velluda, y aspecto sórdido. Hé aqui la parte física de nuestro flamante conocido.

En lo moral, de conciencia impermeable, eterna inclinación al polo positivo; propenso á las jugadas pérdidas con sus mas íntimos allegados; vanidoso de su fama de trapacero, y disfrazando su condición odiosa bajo las apariencias de una índole llana y benevolente.

Este era el D. Anselmo, que tanto tenía el prebendado penetrado el estado de sus negocios consu víctima; el D. Anselmo que pedía desbaratar la jugada de Simuel Leví, salvando al pobre Anton de Scila para atraerle á los abismos de Caribdis.

—Veamos, (dijo el escribano, golpeando familiarmente la espalda de Anton).—¿Se há venido á negocios?

—Si señor, contestó el labriego rebosándole por la boca la hiel que no cabía en su corazón.

—¿Y con quién andamos en tratos?

—Con el demonio, repuso Anton calándose el sombrero con desesperado ademán.

—¡Ave Maria Purísima! exclamó santiguándose don Anselmo.

—Si señor, repitió sordamente el deudor de Estrada; con el demonio, porque el canónigo que Vd. sabe...

—Simuel Leví, apoyó maliciosamente el actuario.

—¡Pobre hombre!... ¿Y no sabe Vd. que yo conozco gente cristiana que presta dinero sin desollar al prójimo? ¿No há recibido Vd. por mi mano, las sumas que invirtiera en comprar aquel cortijo....? Y, apropósito, ¿le acomodaría á Vd. tomar dinero á rétro sobre la hacienda?

—Si señor, me acomodaría, dijo angustiosamente el labrador; porque esa alhaja me la tiene cogida el maldonado canónigo, y si mañana no le pago se queda con ella por menos de la tercera parte de su aprecio.

—Vengan esos brazos interrumpió don Anselmo, estrechando contra su pecho enorme al hombre agrícola, con verdadera mas indigna efusión; porque D. Anselmo sabía que dicha finca era codiciada por quien tenía prometido un corretaje cuantioso á quien se la proporcionara por cualquier medio, directo, próximo ó probable.

—Pero señor, expuso Anton, desasiéndose con estrañeza de los brazos del escriba.—¿Qué significa esto?

—Significa, declamó el actuario con el énfasis de un escolástico argumentador que estás salvada de las garras del Alcotán, tórtola silvestre; significa que me comprometo á buscar el *cumquibus* para hacer frente á tus obligaciones; significa que mañana llevaremos su oro á tu infame tirano, y que esta noche se convenirá el tanto de interés, en cuya virtud hipotecaremos la misma finca, exactamente la misma.....

—Prefiero afectar el cortijo de Hinojosa se apresuró á indicar Antonio; la suerte de olivar; la viña....

—La hacienda, cortó enérgicamente el escribano.

—Es que.....

—La hacienda, ó nada de lo dicho, insistió D. Anselmo con un desplante digno de Júpiter Quirinal.

—Pero señor, es mucho cuento, reparó el labrador moviendo la cabeza en signo de acerba desconfianza. Mi hacienda parece el plato del diablo, donde todos quieren tener tajada en él.

—No es eso, replicó el orondo personaje con aire de afable confianza. El quid consiste en que una finca de lujo tiene mas salida, que un prédio de sembradio ¡Eh!

—Y el que vá á dar los patacones, prefiere lo que tiene mejor venta, en el caso inesperado y sensible, de que venza el término y ni los réditos ni el capital.... ¿Estamos?

—Si señor. Pero el tiempo pasa y mi situación exige remedio pronto,

—Sígame V, feliz *criatura*, dijo el escribano con entonación oratoria, yo tengo el bálsamo de Fierabrás, la panacea, la...—Vamos andando.

Y D. Anselmo, dándose palmadas en el vientre marchó delante de Antonio; aplaudiéndose del dichoso encuentro que le proporcionaba ocasión de burlar los

planos de Simuel Leví; enredar en otro laberinto de Creta al apurado labriego; poner sitio á la finca deseada y obtener la cuantiosa prima que ofrecía un opulento caprichoso, por esta nueva y cuidada viña de Naboth.

V.

BAJO LA PARRA.

Era el declive de la tarde en un día de Otoño.

La aldea en que moraba la familia de Anton (sita al abrigo de una de las vertientes que vienen derivándose de las rudas lomas, contiguas á Sierra-morena, y en una especie de valle, terminado al Norte en cañadas, y al Sur en una série de arboledas protegidas por los remansos y quebraduras del fondo montuoso del paisaje) distinguíase con sus grupos é hileras de casitas blancas, chozas de pajiza techumbre, cercas de espaciosos corrales, y vallados de espinos, timar y zárzas moras, dominados en su conjunto por la torre del templo parroquial, la mira de un arruinado palacio de hidalga familia y una derruida atalaya de tiempo de moros, dejada desmoronar desde que Doña Isabel I, vedó armar castillos y torres, nidos de turbulencias y guarida de la traición.

Pasando del cuadro óptico á los detalles, el observador se detenía bien pronto en un pintoresco albergue, edificado fuera del término de la aldea, demarcado, segun costumbre, por una cruz sobre alto pedestal.

Aquella casita, era la escuela del pueblo: santuario de una virtud desconocida, y mansion de una inocencia immaculada.

Para que el Sr. Alcalde pedáneo otorgase á los vecinos la graciosa donación de veinte varas cuadradas de egido para labrar morada al maestro, contribuyendo el vecindario con los materiales de construcción y su trabajo personal al propósito, era preciso que vecindario y alcalde acataran en el maestro de escuela algo de extraordinario, mucho de meritorio.

¿Quién era este hombre?

Nadie lo sabía en la aldea.

Una mañana, cabalmente en día de cabildo, recibió el señor alcalde la visita de un hombre de cincuenta años, agradable presencia y trato dulce, que noticioso del próximo fallecimiento de tío Lucas, domine, sacristan y escribiente del magistrado municipal, venia, proxisto de su correspondiente carta de exámen, á solicitar se le concediese el cargo de instruir á los niños, desechando las obvenções de la parroquia, y ofreciéndose al servicio gratuito de amanuense en caso de ser compatible con las ocupaciones del magisterio en las horas de trabajo.

El aspirante debía de tener una gracia especial de Dios ó el franco auxilio del ángel rebelde cuando sin género alguno de recomendaciones logró interesar á el alcalde de monterilla mas finchado que registran los anales de aldeas y villorrios. Su merced obtuvo el nombramiento y pronto tuvo lugar de felicitarse del acierto de su patronato.

(Continuará.)

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la Redacción,
MANUEL GIRON Y LOPEZ.

Puntos de suscripción á esta Revista

en

MADRID.

Librería, de Duran.—Carrera de San Gerónimo.—Y de Moya y Plaza, Sucesores de Matute.—Calle de Carretas.

BARCELONA.

CÁDIZ.

Imprenta y Librería de D. Salvador Manero, editor, Rambla de Santa Mónica número 2.

Librería Española y Extranjera de Verdugo Morillas y C.^ª—Y en la de Don Eduardo Gautier.

Director y Editor responsable, D. CARLOS JIMENEZ PLACER.

SEVILLA.—1862.

IMPRESA DE D. ANTONIO PADILLA, ABATES, 14.